

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.  
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Número suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

## Miguel Villalba Hervás

El republicano sin tacha; el autor de tantos libros hermosos, *Ruiz del Padrón y su tiempo*, *Los Regencios*, *Recuerdo de cinco lustros*, *De Alcolea a Sagunto*, libros en que brillan la verdad y la justicia y palpa el amor a la democracia, ha dejado de existir.

Ha a dedicar unos renglones a su honrada memoria, cuando leo el artículo que Alfredo Calderón le ha dedicado. Y convengo de que yo no haría nada que se le pareciera por lo cariñoso y sentido, lo traslado a continuación.

«Ya se ha extinguido aquel espíritu luminoso y valiente. Ya no late aquel corazón siempre henchido de indignaciones generosas ante el espectáculo de la violencia y la injusticia. Unos cuantos sueltos fotos en los periódicos que regatean al hombre de talento y virtud el elogio que prodigan a cualquier zascandil aventurero y corrompido. Y se acabó. Luego el olvido para el obrero y la esterilidad para la obra; que no hay obra fecunda sin continuidad y tradición, y aquí sólo el mal se continúa y sólo la superstición y la barbarie forman tradiciones.

Cortejo, el de siempre. Los republicanos sepulcrosos, unas cuantas docenas de ciudadanos que vamos enterrándonos unos a otros, y que, por una especie de siniestro simbolismo, sólo acertamos a congregarnos entre tumbas; Esquerdo, Salmerón, Azorín, Labra, Muro, Prieto y Canles, Nakens... El grupo se va reduciendo cada día, y de uno en otro entierro pueden contarse las bajas que en él hace la muerte. Los años pasan y envejecemos. Antes de mucho nuestras fúnebres congregaciones serán asambleas de decrepitos como las que suelen celebrar periódicamente los veteranos de la Milicia Nacional. ¡Es que nuestro ideal redentor y progresivo se seca y agosta en el ingrato suelo de la patria, como el árbol plantado en la arena!

Al borde del sepulcro de aquel hombre niño, tan sencillo, tan candoroso, tan ingenuo, a quien las injusticias y vilezas de todos los días parecían siempre cosa nueva y nunca vista, jamás resignado a la corrupción del medio a pesar de los desengaños de una larga experiencia, todos los convenientes pudimos repetir la exclamación del Segismundo de *La vida es sueño*: «¿Cuántas cosas he soñado! Hemos sido grandes señores. Hemos soñado que aquí había una nación y un pueblo. Hemos fantaseado un porvenir de justicia y libertad. El despertar ha sido amargo. Sólo el sentimiento del deber cumplido puede consolarnos de la desgracia. No abundan en la historia los ejemplos de una constancia colectiva en el sacrificio tan grande, tan sin esperanza. Hasta el mártir espera su premio. Más fácilmente se afronta el martirio de un momento que el sacrificio constante de todos los días. La persecución administrativa y burocrática de Juliano el Apóstata fué más peligrosa para el cristianismo que la sangrienta persecución de Diocleciano.

Villalba Hervás no dejó dinero para pagar su entierro. Ni cabe para el hombre más grande elogio, ni más acre censura para la sociedad en que ha vivido. Sería un pródigo, dirán muchos. Si era pródigo. Si no dispuso una fortuna que nunca tuvo, malogró la que por malos medios pudo fácilmente obtener. Tenía talento y pudo alquilarlo; tenía conciencia y pudo venderla. Ni alquiló ni vendió. En el mercado de las almas desdeñó el precio por conservar la mercancía, según la expresión de Epicteto. Quiso permitirse el lujo asiático, el fausto insensato, la prodigalidad extravagante de ser austero, digno, consecuente y honrado. Eso la sociedad no lo perdona. Su saña implacable persigue tal delito en vida y en muerte. El culpable vive entre privaciones. La maldición social cae sobre la cabeza de sus hijos y descendientes hasta la cuarta generación. Cada uno de nosotros se lleva al morir, como dice el vulgo, la llave de la despena. El celibato se impone como un deber para los miembros de este verdadero sacerdocio. El propio Zola no osaría predicar la fecundidad en tales condiciones. ¿A qué ser padre de desdichados? La perspectiva de la miseria que uno lega a los suyos debe ser en la hora postrera gran consuelo de la agonía.

¡Adelante! Pero ¡ay! que al reanudar la áspera jornada, más semejamos al Cristo que vuelve a cargar con su cruz, que no al luchador que ondea en la diestra enseña de combate y victoria.

ALFREDO CALDERÓN

## ¿ENTERRADORES?

Tiene el poeta alemán Julio Mosen, una composición titulada *Los últimos diez*, que se ha hecho popular. Pinta en

ella a los mil valientes del cuarto regimiento que en Varsovia juraron no disparar un solo tiro y atacar a la bayoneta. Y habla del combate de Praga en que triunfaron, aunque con grandes pérdidas; y del de Ostrolenka, donde perecieron muchos; y describe cómo fueron cayendo por la salvación de Polonia. Entre sus estrofas hay ésta:

Adiós, hermanos, que en la lid rendidos vimos caer luchando a nuestro lado. Ann vivimos nosotros mal heridos. La patria ha muerto; así lo quiso el hado. Dios nos depare fin menos cruento: no hay más que diez del cuarto regimiento.

Lo mismo nos ocurre a los republicanos; vamos cayendo rendidos, sólo que vamos cayendo uno a uno, sin lucha, sin gloria, sin hacer nada para que otro poeta pueda cantar en lo porvenir nuestra muerte, inútil a la humanidad, porque no deja ejemplo ni enseñanza, ni siquiera pretexto para la admiración.

Es preciso que esto acabe, y que, al sorprendernos la muerte, tengamos siquiera el consuelo de pensar un instante en que los que nos sobreviven llegarán pronto a la tierra prometida.

El día del entierro de Villalba Hervás, al pasar la mirada por tantos rostros, marchitos ya por los estragos del tiempo; al mirar tantas cabezas albergadoras de grandes ideas, blancas ya, sentí una gran tristeza, y pensé que, en plazo más o menos corto, muchos de los allí presentes iremos desapareciendo sin haber saludado la aurora del nuevo día; y a la vez que pensé en esto, dediqué un recuerdo a los que ya han desaparecido.

Figueras, Orense, Ruiz Zorrilla, Maisonnave, Chao, La Hoz, Fernández de los Ríos, Montemar, Garrido, Guisasaola, Guerrero, Dulong, Chies, Laureano Calderón, Zuazo, Moya, Saulate, García López, Sorni, Lagunero, Villacampa, Ferrer, Velarde, Merelo, Laguardia, Pedregal, González Chermá, Machado, Antonio Gálvez, Carvajal, Castelar, y cien más que no cito, con Villalba Hervás ahora; todos inteligentes, con alientos, con ansia por contribuir a la salvación de la patria, y que han caído en la fosa llevándose cada uno grandes ideas que realizar, honradas empresas que acometer...

Y además de pensar en eso y de recordar a esos, me pregunté:

«¿Es que no valemos ya para nada? ¿Es que no servimos más que para irnos conduciendo por turno al cementerio? ¿Es que hemos trocado la misión del patriota por el oficio de enterrador? Pero aun en este caso, ¿no deberíamos hacer algo provechoso, enterrando todo lo que vive a costa de la vida de España?»

Todo lo hecho hasta aquí no ha dado resultado alguno; hagamos algo que no se parezca a lo que hemos hecho, empezando por echar a un lado las cosas pequeñas. Y la más pequeña de todas, es la vanidad de creernos cada cual en posesión de la verdad. No parece tan pequeña como realmente es, porque la envolvemos en el vistoso ropaje de palabras pomposas; convicción, consecuencia, fe en los principios; pero es pequeña, porque sirve de disfraz al amor propio y al egoísmo.

La divisa de los republicanos desde la restauración acá, ha sido esta: «el que no está conmigo, está contra mí»; frase estúpida que sólo cabe en la estrechez de los dogmatismos religiosos, y que debe ser sustituida por esta otra: «Todo el que ayude a traer la República, está conmigo».

Triste debe ser la muerte en el extranjero sin aspirar en el postrer aliento un soplo de aire impregnado del perfume patrio y oyendo los últimos consuelos en una lengua que no es la que aprendimos de labios de nuestra madre...

Horrible debe de ser la muerte en una cárcel, lejos de los seres queridos y respirando miasmas de suciedad moral y física...

Desesperada debe de ser la muerte del que recibe un balazo en una barricada, cae, y sin fuerzas para seguir luchando, ve avanzar al enemigo que va a rematarlo...

Pero en la barricada, como en la cárcel, como en el destierro, debe sentirse orgulloso de morir el hombre que tiene conciencia de haber cumplido con su deber, dando su libertad o su vida por la patria y dejando a los demás un ejemplo que imitar o una enseñanza que seguir.

Y esto es menos desesperante, menos horrible y menos triste que envejecer asistiendo a los entierros de los correligionarios, y llegar al trance supremo con el remordimiento de no haber hecho

cuanto pudimos por salvar a España de la ruina y la deshonra.

En todo esto pensé en el entierro de Villalba Hervás, como antes en el de tantos otros, retirándome descontento, de mí en primer término, y después de los que, teniendo por su talento, sus servicios o el puesto que ocupan medios para utilizar en algo grande tantas energías y tantas voluntades como allí nos reunimos, se contentan casi con invitarnos a que asistamos al enterramiento de los que sucumben, dando lugar a que, acaso en plazo muy corto, al ocuparse de nosotros se diga con razón:

«Dejad que los muertos entierren sus muertos.»

JOSÉ NAKENS

## Todos en el secreto

Leemos en *El Correo*, periódico de cámara de Sagasta:

«Determinadas comunidades religiosas es indudable que, a pesar de sus votos de pobreza, poseen propiedades de importancia y otros recursos de riqueza mobiliaria; y aunque esto fué siempre propenso a suscitar la desconfianza de los gobiernos, sin excluir la de los absolutos, ahora, principalmente en los pueblos latinos, la alarma se ha producido porque acaparan la enseñanza e influyen de un modo considerable en la educación de la juventud. Si a esto se agrega que también aparecen complicadas en manejos políticos, no hay que maravillarse de que en Francia se hayan tomado por el gobierno las resoluciones a que se refiere el telegrama.

Estamos seguros que estos manejos y el excesivo amor a la riqueza, no han de tener la aprobación del venerable jefe de la cristiandad, porque en su rectitud y perspicacia, comprende que aquellas circunstancias procuran males a la Iglesia.»

Bien, muy bien dicho: las comunidades religiosas, a pesar del voto de pobreza, poseen, a no dudar, grandes fortunas; y la alarma que se ha producido con esto en todas partes, pero especialmente en los pueblos latinos, es muy grande. Esta es una verdad, y al reconocerla da una prueba de buen sentido y de buen observador *El Correo*.

Pero dice que está seguro de que vituperio y condena ese excesivo amor a las riquezas el Pontífice venerable que está en Roma, y en esto parece como que se ha caído de un nido *El Correo*, porque se necesita desconocer en absoluto lo que es el Papado, para hacer una afirmación como esa. ¿Acaso no recuerda *El Correo* cómo vive el venerable jefe de la cristiandad? ¿Acaso no sabe lo que sucedía hace poco en el Gobierno, cuando quería el Pontífice que pusieran bajo su dirección y administración las riquezas de los frailes de Filipinas? El partido fusionista estaba entonces en el Poder, y resistió las invasiones del Papa.

Pero el partido fusionista no tiene la conciencia de su deber, no quiere acabar de convencerse de que los elementos clericales son un elemento de perturbación, lo mismo cuando acumulan riquezas las comunidades religiosas a pesar del voto de pobreza, que cuando se verguen soberbios y dominantes los curules de aldea a pesar del voto de humildad, que cuando conspiran el Papa y los obispos por el poder temporal a pesar de que su reino no es de este mundo: todos son iguales, y lo que quieren todos es tener dinero y mandar.

Por haber olvidado esto los antiguos progresistas, se desnaturalizó la revolución de Septiembre, y estamos como estamos.

## La verdad en su punto

De un artículo de Bonafoux:

«Si vamos a la guerra, la prensa la recomienda al Papa; si deseamos celebrar un armisticio, la prensa lo recomienda al Papa; si el *Monserat* arribó a puerto de salvación, no fué hazaña del capitán, sino de la Virgen de Monserat, de Madrid, a la que se pidió el milagro; rezamos porque nos dejen pegar; rezamos porque nos pegaron; nos fiamos de la Virgen, y a lo mejor tenemos que correr; nos entusiasmos con generales y marinos que oyen misa y rezan el rosario, para «resultar» despampanados en el mar y rindiendo sin combate inaccesibles fortalezas como Santiago de Cuba; andamos día y noche a cuestras con el Santísimo, con la Virgen, con el Niño, con todos los santos de la corte celestial; salimos en procesión llevando en las cabezas capuchones como los que gastan los serenos cuando llueve, y en las manos cirios monumentales cuya derretida cera va chirriando: — ¡qué manchol! — y cuando las autoridades nos recomendaron «rezar el rosario para salvar a la patria de las vicisitudes que atravesaba», pasamos los días repasando las cuentas del rosario... Somos un compuesto de curas con manteos y curas de chaqueta, de monjas con hábitos y monjas con las faldas arremangadas, de generales de jesuitas y jesuitas de ejército, y de periodistas clericales e inflacionistas. ¡Somos unos bacines!...»

Bonafoux se equivoca. Como lleva tantos años en París, ignora lo que pasa en España.

El siguiente artículo le demostrará que esta no es una nación fanática; y que, aun cuando lo fuese, cuenta con un partido, el republicano, que se bastaría y se sobaría para quitarle esa nota.

No hay que dejarse llevar de apasionamientos y exageraciones.

## ¡ARRIBA LOS CORAZONES!

Y llegó el sábado a la redacción el corresponsal de *El Motín* en Oviedo, y me dijo:

«No me mande usted más el periódico, porque no sé qué pasa. Los números que vendía, quedaron reducidos, como usted sabe, a 45. Pues bien; de algunas semanas acá, me quedan 40 sobrantes. Sólo cinco republicanos lo toman.»

¡Cinco, en una población como Oviedo! Esto me consoló de otras decepciones. No estamos los republicanos tan decaídos de espíritu como nosotros mismos creemos. No, aún hay fe; aún hay bríos.

Me entusiasmo repitiendo la cifra. ¡Cinco! ¡Cinco! No podía esperarse menos de población tan republicana. Y lo más consolador es que, en cambio, los periódicos reaccionarios apenas logran leerse allí. Y se explica. Acaparrando *El Motín* el mayor número de lectores, cómo ha de haberlos para los demás? Por esto únicamente vende allí 800 ejemplares de cada número el semanario carlista *El Fusil*.

Me alegro de la explicación del corresponsal, porque me ha dado pretexto para desmentir a los que aseguran que en el partido no hay ya convicciones, ni alientos, ni energía. ¿Qué importa que en algunas poblaciones de España, (la mayoría) abunden los republicanos que van a misa, confiesan, comulgan, llevan el palio en las procesiones y viven sometidos ignominiosamente al clero, si, en compensación hermosa, hay otras, como Oviedo, en que existe ese poderoso núcleo de cinco hombres que se atreven todavía a leer *El Motín*?

Desechemos, pues, perjudiciales pesimismo, y abramos el pecho a la esperanza.

## RAPIDAS

«Unas monjas han dado veinticinco mil duros por una casa.

Otras han comprado la casa del conde de Francos.

Otras el edificio llamado de «Los Mostenses».

Otras tienen hermosa habitación en la calle más céntrica, gracias a la esplendidez de un rico alcaide.

Hace poco vinieron los Carmelitas e hicieron obras costosas.

Los Franciscanos están ahora haciéndolas.

Los Dominicos dicen que empezarán pronto una obra que ha de ser costosísima.

Los Jesuitas gastan en una función de iglesia más de lo necesario para mantener cien familias una semana.

Los canónigos, que huyen de los pobres, se relacionan con lo mejor (es decir, lo más acaudalado) de la localidad.

El obispo tiene un palacio inmenso, criados, mayordomos, cocineros, coche, todo lo que necesita.

El pueblo que trabaja y sufre, se pregunta, viendo esta vida de lujo y despilfarro, ¿qué habrá debajo de esto?

El tiempo dirá; pero no debemos dar al tiempo todas las ocupaciones: debemos ayudarlo.»

Lo anterior es de *El Combate* de Salamanca.

Repito mi estribillo por millonésima vez:

«La Iglesia se nos come.»

Por lo tanto, queridos correligionarios, continuad ayudando a la Iglesia para salvar a España.

## ÚNICA SOLUCIÓN

La faz política de España tiene que variar radicalmente.

La situación del país es crítica y tiene que reaccionar en sentido de un cambio absoluto de régimen.

Por muchos esfuerzos que el gobierno haga para demostrar que son sediciosos y revolucionarios sistemáticos todos los que protestan y claman contra el actual estado de cosas, no logrará convencer a nadie.

Las gentes no se pagan ya de palabras ni de promesas que tantas veces han sido incumplidas por los partidarios de la monarquía.

El partido conservador, el fusionista y todos los demás intermediarios que desde la restauración han gobernado en España, cayeron, por culpas propias, en el más hondo descrédito ante la opinión general del país, que ha venido sufriendo con paciencia de que no hay ejemplo un régimen político muchas veces hostil a los intereses y conveniencias morales y materiales de la patria, y siempre desquiciado, torpe e inútil para todo, aun para la conservación y prestigio de las mismas instituciones que esos partidos aparentan defender.

No es ocasión de examinar en las circuns-

tancias gravísimas actuales si el origen del mal que España padece radica en el régimen 6 en los partidos; lógico es creer que en uno y otros a la vez, puesto que su obra común ha sido tan funesta.

No se trata ya de condenar a éste o al otro partido. La hostilidad y el descontento de la opinión pública no se manifiestan ahora con más fuerza, ni más ostensiblemente porque sea Silvela y su pseudo partido el que gobierna; manifestaríanse igual contra cualquiera otro hombre u otro partido que en estas circunstancias pretendiera gobernar con el mismo criterio y bajo las mismas bases de esa política desacreditada, que por tantas desdichas ha hecho pasar a España, especialmente en esta última y dolorosa etapa de su historia.

No; la animadversión pública no es ya sólo contra determinados hombres y partidos de la restauración; es contra todos y contra ésta, porque las culpas de lo que aquí ha ocurrido los alcanzan por igual.

Silvela y Sagasta, conservadores y fusionistas, como todos los personajes y agrupaciones afines a esos dos jefes y núcleos políticos, y el régimen que ha venido sustentándolos y tolerándolos, se reparten por igual la aversión y la antipatía del país.

Esos partidos y esos hombres, durante 25 años de mando en un pueblo dócil, sumiso y resignado, no han sabido 6 no han querido hacer nada por el bienestar ni por el progreso de la nación; por el contrario, toda su gestión se ha circunscrito a satisfacer egoísmos propios con una política de campadrazo y de camarillas, que no podía dar por resultado otra cosa que la ruina material y el envilecimiento moral del pueblo, y el imperio del caciquismo, la inmoralidad y la injusticia.

La oposición de hoy no es porque el actual gobierno tenga menos simpatías que los anteriores 6 que cualquiera otro que se hubiera podido formar bajo el régimen existente; es porque le ha tocado llegar al poder cuando ya el país está harto de desengaños, falto de paciencia y decidido a no tolerar por más tiempo ser juguete y escarnero de los partidos políticos actuales.

No sirven ya componendas ni habilidades para volver por el crédito perdido; no vale que el gobierno quiera hacer pasar por discolas y revoltosas a las personas y a las colectividades que más ostensiblemente le manifiestan hostilidad; ésta existe honda y arraigada en el ánimo de todas las gentes, y el gobierno, de persistir en su actitud y en su conducta, tendrá muy pronto que declarar sediciosa y revolucionaria a toda la nación. La lucha no es hoy política, ni porque un partido sustituya a otro, ni por antipatías sistemáticas hacia el actual ministerio, como quiere hacer creer el gobierno; no; la lucha es hoy por la existencia, por la dignidad, por el porvenir de España, que peligran si en las esferas gubernamentales sigue imperando la política y el criterio de los desacreditados e inservibles partidos monárquicos.

El país tiene ya la certidumbre de que de ellos no puede esperar nada más que la agravación de sus males; por eso su hostilidad se manifiesta sin rebozo de ninguna clase y vuelve los ojos y pone las esperanzas en la República, única solución que puede rápida y eficazmente satisfacer las aspiraciones del pueblo, constituyendo un estado político y social amplio, en el que puedan desarrollarse todas las fuerzas y elementos que España necesita para su alivio en el presente y su bienestar en el porvenir.

JOSÉ CINTORA

## El dinero en los conventos

Toda la prensa de París, al dar cuenta del registro del convento de la Asunción con motivo de la fracasada conspiración realista, se muestra irridicula, extrañando que los frailes tuvieran acaudalados 1.800.000 francos en oro y billetes.

¡Qué impresionables y a la vez cándidos, dice un colega, son nuestros vecinos, que se sorprenden de que un convento atesore tanto dinero! Vengan, vengán a Madrid, que cuenta muchos conventos ricos, procuren saber el dinero que guardan y asombrónense entonces, que les sobraría motivo.

¡Un millón ochocientos mil francos! Eso es una bagatela. Si los jesuitas de la calle de la Flor baja y los de Chamartín no tuvieran más que una pequeña suma en sus arcas, se crearían unos miserables.

En el convento de la calle de la Pasión (Padres Dominicos), en la de la calle de don Evaristo, procrea de los Carmelitas; en los dos de Escalopos, calles de Hortaleza y del Mesón de Paredes; en el de Flaminio, calle de Bravo Murillo; en otro del corazón de María, calle de la Colegiata; en la sursal de los de San Juan de Dios (Manil), calle de Santa Isabel, 12; en el de Redentoras, Iglesia de San Justo, por la plaza del Conde de Miranda; en el de los Paules, frente a la Iglesia de Chamberí; en el de los Trinitarios, calle del Príncipe, Iglesia de San Ignacio; en el de Agustinos, Paseo de la Castellana; en el de Capuchinas de Jesús, plaza del mismo nombre, y en el de Franciscanos de San Fermín, Paseo del Cisne, hallará todo el que sepa buscar una cantidad mayor que esa.

Y ¡por la pobreza de Cristo!, que aunque sólo fuera esa misma de 1.800.000 pesetas, multiplicada por 15 (número de los conventos anudados, nos daría la suma de veintisiete millones de pesetas. ¡Buen bocado para tantas bocas de honradas hambrientas sin trabajo, que andan por ahí lampando por un panecillo duro!

Pero esto es poco para los que podrían hallar unos registradores hábiles en los conventos de monjas. Pasan de cuarenta entre los de claustradas y no claustradas los que hay en la corte, y de ellos los más ricos son:



Veo que los curas españoles no han  
riado de mañas al cambiar de nacionalidad  
en Cuba.



## LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

Desde que, como he indicado, Fernando se vio obligado a nombrar ministros relativamente tolerantes, el partido teocrático (apostólico) cobró nuevos bríos, amparándose en el Consejo de Estado y en el cuarto del infante don Carlos, hermano del rey, que comenzó a presentarse como jefe de aquel bando intransigente. Su mujer, doña Francisca de Beira, le escribía a él, porque era decidida partidaria de destruir a los liberales hasta la cuarta generación.

Como al rey le agradaban las intransigencias de los apostólicos, por más que tuviera que transigir con los realistas moderados, no veía con malos ojos lo que pasaba en el cuarto de su hermano; de ahí las conspiraciones, los rocamboques y los disgustos entre el bando absoluto, aunque conciliador, compuesto de algunos ministros, diplomáticos, varios grandes de España, generales antiguos, hombres de letras, y el bando apostólico, compuesto de la mayoría del clero, los jefes facciosos, los voluntarios realistas, gentes dispuestas a todo y que nada tenían que perder.

La lucha estalló furiosa cuando se trató de desarmar los voluntarios, aquella pillería que vivía a sus anchas sin ley ni fuero, dando escándalos y haciendo atropellos, pillería salida de los conventos y de las últimas capas sociales y que se negaba a ser desarmada, pero que al fin lo fué, no por lo que era y lo que hacía, sino por el mucho dinero que costaba; pero se la contentó concediendo pensiones a las familias de los individuos y eclesiásticos que hubiesen muerto.

Mientras la chusma y los guardias de Corps, realistas fanáticos, vivían con todo lujo, los militares andaban hambrientos y desnudos. Al saberse en la corte que un oficial de Marina había muerto de hambre en el Ferrol, todo lo que se le ocurrió al rey y al gobierno fué conceder licencia a los marinos para que se buscasen la comida... pescando.

El tiempo que no empleaban los realistas en tomar disposiciones tan trascendentales como esa, lo dedicaban a lo de siempre: a procurar la ruina y el exterminio de los liberales.

En un folleto titulado: «Registro de juntas particulares que la M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa ha celebrado en la N. y L. villa de Azcoitia los días 25, 26, 27 y 28 de Septiembre de 1823», hallo lo siguiente:

«La Comisión encargada de informar a V. S. si se puede exigir a los constitucionales las costas necesarias para las atenciones de dos batallones, y de proponer, en caso de afirmativa, la cantidad que se les ha de exigir y en qué proporción, habiéndose hecho cargo de la opinión negativa emitida por los dos consultores en la Junta de ayer, y, sin embargo de ella, considerando la penuria en que se hallan las cajas de V. S. y sus reales naturales, cree conveniente que se consulte al gobierno pidiendo autorización, a fin de imponer a los que al tiempo de la malhadada época de los tres años últimos se han distinguido por sus opiniones exaltadas, manifestando de una manera indudable su adhesión a aquel sistema, ocasionando considerables perjuicios a la causa justa, y extraviando la opinión de los incautos, por cuyos medios se ha sostenido el sistema constitucional y han ocasionado en cierta manera los gastos que ahora se trata de originarles. En concepto de la Comisión, podría tal vez en justicia cargarseles toda la cantidad destinada a los dos batallones, pues que la necesidad de precaver los males que ellos han causado y pudieran todavía causar en adelante, es lo que obliga a V. S. a mantener en pie los dos batallones hasta consolidar al Rey Nuestro Señor en sus legítimos derechos: no obstante, se limita la Comisión a proponer a V. S. que se les exija solamente la cantidad de doscientos mil reales, que son menos aun que la cuarta parte del presupuesto de la milicia, repartiendo entre los más prudentes mancomunadamente, tomando al efecto la Diputación los informes que tuviese por conveniente para cerciorarse de sus respectivas fortunas, y del grado de exaltación que hubiesen tenido hacia el sistema constitucional.»

La Junta, enterada de todo, acordó aprobar el referido dictamen, con la adición de que se impongan y exijan a los llamados constitucionales, no sólo los 200.000 reales que propone la Comisión, sino la mitad de la cantidad del actual presupuesto, y lo de que si en adelante hubiese más gastos para dicho objeto se les haya de exigir también la mitad de todos ellos.

Intraída la Junta de haber sido arrestado el cortejo de la revolución Rafael Riego y de la agredable sensación que ha causado esta noticia en los habitantes de esta provincia, manifestándole con demostraciones extraordinarias de júbilo y alegría, resolvió que los sentimientos de amor a su soberano el señor don Fernando VII (q. D. g.) y de que están animados los naturales de esta provincia, se eleven a conocimiento de S. A. S. la regencia del reino, manifestando, sin ánimo de prevenir el juicio de los tribunales, que la justicia es la base sobre que estriban los reinos y los imperios, las propiedades y las vidas, y todo el orden y armonía social, y que un rey adorado de todos los buenos españoles, que hace sus delicias y sus glorias y es su única esperanza, gime preso, entregado a manos traidoras por causa de la revolución y que las injurias y ultrajes hechos a S. N. P. RECLAMAN IMPERIOSAMENTE UNA VINDICTA PÚBLICA.

Medidas adoptadas por la Junta para la seguridad del país contra los manejos de los constitucionales:

1.ª Que todos los voluntarios, así que los llamados peseteros y demás que con las armas en la mano se fueron del país con motivo de la entrada del ejército francés y realista, y han regresado, deberán presentarse al a/calde de su pueblo todos los días y no podrán salir de la jurisdicción del mismo pueblo sin licencia de la autoridad, pudiéndose tomar además providencias más severas con aquellos que inspiren mayor desconfianza.

2.ª Estas personas entre sí, ni con las que el concepto público tiene marcadas con la nota de adictas al sistema constitucional, no podrán tener reunión que pase de tres con ningún motivo, pena de 20 a 40 reales la primera vez, y que la reincidencia será castigada con un mes de prisión, y por la tercera vez con dos meses de prisión y además multados.

3.ª Las expresadas personas que con las armas en la mano han defendido la constitución, no podrán conservar ningunas armas, aunque sean las permitidas, ni las de caza... pena de 100 a 200 reales, sin perjuicio de tomar las demás disposiciones que correspondan.

4.ª La propagación de noticias contrarias a la soberanía del rey, o lo que es lo mismo favorable al sistema constitucional, es igualmente prohibida a las mujeres, sea de palabra ó por escrito, bajo la multa de cuatro a quinientos reales, por primera vez, doble por la segunda y la prisión de doce a veinte días por la tercera, entendiéndose esta

última parte para con los que no tengan medios de pago en los tres casos propuestos, y que ni las mujeres, ni los hombres puedan usar ni traer cosa ninguna ó símbolo alusivo a la Constitución, bajo la misma pena, y que los que la tengan hayan de entregar a las autoridades, como también los ejemplares de la Constitución y demás libros y papeles que tengan ideas constitucionales.

6.ª Los alcaldes que fueren omisos en el cumplimiento de estas reglas en la parte que les toca, serán multados en cien ducados de vellón...

7.ª Convencida la junta de que para rectificar las ideas del hombre, extraviadas por varios máximos que se han difundido de algunos años a esta parte, es preciso infundir desde la niñez máximas religiosas y doctrinas sanas, se autoriza a la Diputación para que nombre una comisión de sujetos inteligentes y de la mejor conducta cristiana, a fin de que forme un reglamento de instrucción pública que ha de darse a la juventud en las escuelas de esta provincia, y que se encargue a los ayuntamientos que en las vacantes que hubiese de maestros de primeras letras, no admitan a las oposiciones a ningún sujeto adicto al sistema constitucional.

Al par que se vejaba a los liberales de este modo inicuo, se recompensaba a cuantos intervinieron en la prisión de Riego, instituyendo de real orden una fiesta anual cívico-religiosa, en la villa de Torre de Pedro Gil y su ermita de Santiago, con su solemne procesión y asistencia de dos caballos, prescribiéndose que la bandera del santo la llevase el santero Vicente Guerrero, que fué quien lo entregó, concediéndose a la vez extrínsecas recompensas a los que en su prisión intervinieron.

Acentuando más aquella reacción, el ministro de Gracia y Justicia mandó (11 Octubre de 1824) reclutar en los conventos a los eclesiásticos de opiniones liberales, declarando vacantes sus beneficios; y apretó a las chancillerías, audiencias y juzgados por la breve terminación de las causas criminales pendientes, para evitar el grave mal de no hacer pronto y ejemplares castigos, que ya se sabe consistían en ahorcar, fusilar y desamortizar.

El 15 de Octubre, el ministro de la Guerra decoraba y premiaba a los militares que en el terrible 10 de Marzo de 1820, se habían cebado en Cádiz en la sangre del indeseado, engañado y desecado pueblo, prorrogándole además el plazo para solicitar gracias y recompensas por servicios prestados para restituir al rey la plenitud de sus derechos.

El 17 de igual mes dictó una real cédula relativa a la renovación de alcaldes y ayuntamientos, que es y representa una de las demasías más trascendentales de cuantas puede cometer un monarca, y que destruyó cuanto quedaba en pie en materia de libertades patrias, después de las Comunidades, de las Germanías y de la guerra de Sucesión. Cúpole, pues, a Fernando la satisfacción de haber llegado a ser monarca más absoluto que Carlos V, Felipe II y Felipe V.

Los párrocos de la montaña de Cataluña dirigieron en 1.ª de Octubre una exposición a la regencia de Urgel en la que se anatematizaba la Constitución, se pedía la quema de libros, devolver la enseñanza al clero, restablecer la Inquisición, manifestando que era sola idea de innovaciones les aturda y causaba estremecimiento, y que dejándose de luces y adelantos filosóficos, renacieran los días antiguos.»

(Continuad.)

Alarmados los hombres de faldas en Almería porque iba a celebrarse un mitin librepensador, hicieron que dos devotos cortasen el cable conductor de la electricidad y dejaran a oscuras un local pequeño que contenía más de 2.000 personas. Pero como éstas eran decentes no ocurrió nada de particular.

Si el local hubiese estado lleno de curas, frailes, monjas y hermanucas, ¡Dios de Dios, y la que se hubiera armado!

Sólo al pensarlo me llevo involuntariamente las manos a los ojos y a los oídos, para no ver ni oír cositas brutalmente pecaminosas. ¡Soy tan pudoroso!

## DIVAGUEMOS

Ya que no sirvamos para traer la República, perdamos el tiempo habiendo de cómo debería ser, si por casualidad viniese.

Oigo hablar de una República que respete los derechos adquiridos y los intereses crecidos; y aunque me encanto y me estasio ante esa generosa idea, no adivino cómo íbamos a sostenerla. Y diré más; antes que esa República, preferiría la continuación de la monarquía actual.

Si el estado del país fuese próspero, y viniera la República, claro es que podría ir realizando despacio, en uno, ó en dos, ó en tres años las reformas que constituyen nuestro credo. Pero como llegaríamos cuando el país estuviese del todo en ruinas, sin contar más que con nosotros mismos y rodeados de enemigos, en estas condiciones sería preciso ahogar los naturales impulsos de bondad y benevolencia, para acudir con mano fuerte al remedio de tantos males. Así, dejémoslos de vana palabrería y hablemos con entera franqueza.

En los tres primeros días se decidiría la suerte de la República: si los dejábamos pasar sin hacer la revolución en la Gaceta, estábamos perdidos. Esto, claro está, sin oponernos a la que los ciudadanos hiciesen por su cuenta.

No es tan fácil la tarea, como a primera vista parece, de discutir y redactar los principales decretos que han de publicarse. Son tan complejas las cuestiones que hay que tocar, que será poco todo el tiempo que a su estudio dediquemos de antemano.

Lo mejor sería, indudablemente, respetar todos los derechos, bien ó mal adquiridos, pagarlo todo, no perjudicar a nadie, vivir en paz con todo el mundo; que cada español se arrodillase al levantarse, para dar gracias a lo alto por el privilegio que se le había concedido sobre el resto de los mortales, de nacer en esta bendita España y vivir bajo el régimen dulce y fraternal de una República que había hermanado el orden con la libertad, la gallina con el salmón, la ternera con el besugo, el bienestar con la holganza; pero como esto, ó mucho me engaño, ó no ha de ser posible en veinte ó treinta mil siglos, por

lo menos, hay que tomar las cosas como son. En el período de propaganda, ninguno, yo el primero, nos hemos cuidado más que de atacar. Desde ahora hay que recogerse y pensar.

Y yo he pensado, en primer término, que habría que renunciar por lo pronto a implantar las autonomías municipales en la extensión que pretende el señor Pi, y las regionales en absoluto, porque esto daría ocasión a grandes trastornos en los momentos en que toda la unidad de acción y toda la suma de energías serían pocas para defendernos de nuestros enemigos.

Lo que ha ocurrido con las reformas intentadas por los monárquicos, debe servirnos de lección. Si porque pretendiéndose trasladar algunas Capitanías generales las poblaciones perjudicadas se declararon en rebeldía, ¿qué no harían el día que, además de esas Capitanías, pretendiéramos suprimir capitales de provincia y fijar la de cada región?

Si se quiere verdaderamente una República que pueda intentar la salvación de la patria, con grandes probabilidades de conseguirlo, tiene que ser revolucionaria. Y conste que no digo esto en el sentido estrecho de cortar pocas ó muchas cabezas. Este es un detalle de escasa importancia.

¿Qué quiero expresar al decir que la República debería ser revolucionaria? Que no se tuviera para nada en cuenta los derechos adquiridos por el individuo, si se oponían a la vida de la nación; que se atendiera en todo a lo justo, no a lo legal; que se suspendiera el pago del presupuesto del clero, puesto que los clérigos pueden vivir de su profesión; que no se negara, mas si se aplazase para cuando estuviésemos desahogados, el pago de los intereses de la Deuda; que se anularan los privilegios del Banco, la Trasatlántica, los ferrocarriles y los de todas las empresas que viven del monopolio; que se conminara a los deudores del Estado a solventar sus deudas en el término de un mes; que se obligara a declarar sus fincas a los ocultadores en un plazo brevísimo, so pena de perderlas en absoluto; que se vendieran incontinenti los bienes de la Corona, lo mismo que las fincas del Estado que éste no utilice; que se suprimieran las cargas de justicia; que se revisaran todos los expedientes desde la restauración acá, y se castigara con la pena de devolución a los que se hubieren aprovechado de tolerancias indebidas ó de leyes injustas; que se obligara a las empresas de ferrocarriles a abonar al Tesoro los centenares de millones que adeudan por introducción de material y otros conceptos, y que se suprimieran todos los organismos inútiles.

Respecto al ejército y la marina, nada debería hacerse hasta estar bien tranquilos; después se intentarían las reformas convenientes, no cómo se ha hecho hasta aquí, sino encargando a comisiones nacidas de su seno, que estudiaran y propusieran las que creyesen justas, sin debilitar esos organismos ni incapacitarlos para las contingencias del porvenir; en la seguridad de que esas comisiones, teniendo en cuenta el estado de la nación, irían más allá que nosotros mismos.

Todos estos decretos, y los que responderían al propio espíritu de equidad y justicia, deberían salir en los primeros números de la Gaceta, y digo en los primeros, por tener el convencimiento de que, reforma aplazada, reforma que no se realiza. ¿Que esto traería perturbaciones sin cuento? Mal para la República sino las trajera, porque esto probaría que la nación había llegado a un extremo de pasividad inerte, que la hacía indigna de que se la salvase. Pero estas perturbaciones tendrían varias ventajas, entre ellas la de imponer a los enemigos, que si vieran debilidad desde el primer momento, intentarían hacer con nosotros lo que las ranas con el armatoste de la fábula.

Se nos presentaría una cuestión gravísima: la de dar ocupación al pueblo desde el primer instante. El pueblo transige hoy con que la monarquía no se la dé, pero la demandará inmediatamente de la República; y si él no cayese en la cuenta, no faltarían monárquicos caritativos que se lo recordasen. ¿Se tiene pensado algo acerca de esto? Por mi parte allá van unas ideas: obligar a las empresas de ferrocarriles a poner la doble vía y construir los edificios a que están obligadas por la concesión; impedir que los concesionarios de obras públicas suspendieran las que tuviesen en construcción, para crearlos dificultades; exigir a los propietarios de solares que los poseyeran en las calles céntricas con tres años de anterioridad, a que edificaran ó vendiesen, imponiéndoles, en caso de no poder efectuar ni una cosa ni otra, la contribución que correspondería al edificio construido; esto en las capitales, que en los pueblos ya se encargaría cada ayuntamiento de emprender las obras de utilidad pública que estimase conveniente, a prorrato entre los que se hubieran comido los fondos municipales durante los veinticinco años últimos.

No hay que advertirme que esto es un poquito tiránico; lo sé, pero me agarró a lo de 4 grandes males, grandes remedios. Hay que advertir que aplazaría estas medidas si los monárquicos las tomasen hoy, porque no me las dicta el espíritu de partido, sino el afán de salvarnos.

Que en el momento que se hiciera esto y otras cosas parecidas, nadie nos prestaría un ochevo? Lo sé también; mas aparte de que tampoco nos lo prestarían no haciéndolo, como no deberían pedirlo, este punto queda descartado. El dinero hay que buscarlo en todas aquellas partes donde el privilegio impere, la inmoralidad subsista ó el delito predomine.

República y Revolución no son sinónimos, ni mucho menos. Se puede ser republicano sin ser revolucionario, y viceversa: por eso la palabra República no expresa hoy suficientemente una solución al conflicto porque España atraviesa. Ténganlo en cuenta los

que sueñan con el triunfo del programa último de Castelar.

Si viniese la República como ellos desean, y guardase todos los respetos que dicen, ó intentase hermanar la democracia con la tradición, nos agitaríamos, perturbaríamos, nos sublevaríamos, empeoraríamos, y nos destruiríamos, y por último nos barrearían, y encima nos escupirían.

Por este camino estábamos perdidos sin falencia: por el otro, que ofrece también graves inconvenientes, tendríamos probabilidades de salvarnos, y la seguridad completa de conseguirlo si tropezábamos con hombres de energía, dispuestos a sacrificarlo todo por la patria.

No es, pues, dudosa la elección.

Dice un periódico clerical que en Castellón ha sido derrotado el Corazón de Jesús.

¿Sí? Pues me alegro mucho.

Aun cuando declaro que nunca hubiera creído que un católico fuese capaz de lanzar esa herética afirmación.

## BIBLIOGRAFÍA

«Manual de Literatura» nacional y extranjera, antigua y moderna, por H. Ginec de los Ríos, catedrático en el Instituto de Barcelona. Primera parte. Literatura española, desde el nacimiento de la Lengua Castellana hasta fin del siglo XIX. Precio. Madrid 5 pesetas. Provincias 5'50. Victoriano Suárez, editor, 1899.

Obra de gran utilidad, no sólo para la enseñanza secundaria y superior, sino para las personas que deseen adquirir una idea general sobre todas las manifestaciones literarias de todos los pueblos y de todos los tiempos. La gran cultura del autor es una garantía de que la obra responde perfectamente al objeto a que se dedica.

Y dice una correspondencia de Londres:

«El capitán americano Leary, uno de los gobernadores de Samoa, que ha sido nombrado gobernador de Guam, ha tomado posesión de su destino, y su primera medida ha sido la expulsión de los frailes Recoletos que dirigen allá las parroquias, fundándose en que no se ocupan de otra cosa que de hacer demasiados hijos.»

¿Pues qué hubiera hecho con ellos, si además de dedicarse a tan simpática faena, emplean el tiempo libre en sacarle al prójimo hasta las cerillas de los oídos y en preparar una nueva guerra civil?

Exigente es ese gobernador americano. Con un canto en los pechos nos daríamos en España, si las pjaras de frailes que manchan este suelo, se dedicaran únicamente a la tarea que esos Recoletos de Samoa.

## RIVALES MÍSTICOS

Desde que echados de Francia vinieron aquí a posarse los de sayal y cerquillo en numerosos enjambres, en la mística colmena donde hallan miel abundante, con perjuicio de los curas, son los zánganos los frailes.

Mientras pasando fatigas como el gañán sustentarse, en los suntuosos conventos, media docena de padres lo que a un pueblo bastaría emplea en alimentarse.

Es para el cura el trabajo de prestar cuando lo llaman al creyente desvalido auxilios espirituales, y es para el fraile la ofrenda de la devota elegante, ó la manda ó el legado del devoto personaje.

Cuanto la piedad produce y hay en la fe de explotable el fruítulo lo disfruta dejando al clérigo in albis.

En fin, que por estas cosas, aunque su paciencia es grande, no fuera extraño que el clero algún día se cansase, y luchando por la vida, y con la razón del hambre, la escena del 35 al vivo representase.

Y diz que dijo el fraile que predicó en la fiesta del Corazón de Jesús celebrada en Caseda:

«¿Furdistes defender esa placa hasta perder la última gota de vuestra sangre, y no arrancarla aunque el gobierno lo ordena?»

El día que señalemos precio por cabeza de fraile, tasaré la de ese en cinco céntimos más que la de los otros. Porque cuidado si es mozo valiente y desvergonzado y carcupanda.

## MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

En la parroquia de Santa Eulalia de Oñs existe una casa rectoral, una huerta y una panera propiedad del pueblo, destinada a dar albergue al padre de almas.

Pues bien; el párroco Miranda, sin encomendarse a Dios ni al diablo, intentó vender la panera. Llamado al ayuntamiento para dar explicaciones, contestó desfachata y arrogantemente que no tenía que darlas a nadie más que a Dios.

Y los concejales, alguno de los cuales se cree republicano, sellaron sus labios, dando así un hermoso ejemplo de virilidad y entereza lavertidas.

Confieso que me es más simpático el cura desvergonzado que dispone de lo que no es suyo, que los acémilas del ayuntamiento que no saben defender los derechos del pueblo que los ha elegido.

El cura, en último caso, obró como cura; pero

ellos obran como estúpidos esclavos sin valor y sin dignidad.

A las diez de la noche del día 27 de Octubre entra un ministro del Señor en una casa de la calle del Fraile (Almería), donde habita una hermosa mujer, y una vez dentro del cuarto, echa el cerrojo.

Varios chicos de la calle, sabedores de que en la casa de autos no vive ningún cura, y sospechando que no era aquella hora a propósito para resolver cuestiones místicas, llaman a la puerta. ¡Y la que se arma, cielos divinos! El pater, lanzando un rugido y varios pecados, abre la puerta revolver en mano, se echa a la calle y comienza a insultar y desfiar a todo el que en ella estaba, usando un vocabulario que ya lo quisieran en las plazas para darse tono.

A cualquier cosa llaman voto de castidad y humildad cristiana.

El párroco Noya y Sánchez, de Oviedo, comercia en cera sin pagar contribución, llegando a tal punto su furor por enriquecerse, que obliga a todos los feligreses que a él acuden en demanda de enterramiento para alguna persona de su familia, a proveerse de velas y cirios en su casa, negándose, en caso contrario, a acompañar el cadáver.

Un abrazo, cura Noya. Los de tus mañas son los que necesitan para convencer a mis lectores de que no hay religión más separada de los bienes mundanales que la católica.

¿Y anda el movimiento de cera?

Preguntas que hace a un cura La Marsellesa de Huelva.

«Puede decirnos Emilio Estévez, dónde a ido a parar el simpecado de terciopelo granate bordado en oro que ha desaparecido de la Iglesia?»

«Por qué no le devuelves a Lana Reinoso, las tres monedas de 25 pesetas que te dió para que las cambiases en Sevilla hace dos años?»

«Se puede saber qué te ocurrió con un joven guapo él, una noche, con motivo de ciertas coquinas proposiciones que le hicistes?»

Las preguntas son inocentes. Digo, no. El inocente es quien las hace, suponiendo que el Estévez puede contestar a ellas.

Son muy prudentes los presbíteros cuando de ciertos asuntos se trata.

Leo que el director del Seminario de Solsona (Lérida) ha sido acusado de haber cometido atropellos con cinco jóvenes, y que la población está indignada.

Pues no sé por qué, siendo éste, desde que hay frailes entre nosotros, el pan nuestro de cada día.

Porque el obispo de Cádiz ha mandado a los párrocos de su diócesis que cuenten y recuenten y hagan el padrón de sus feligreses dice, El País:

«¡Admirable! ¡Cuidado con el talento del obispo! Sin que se le sienta, lo que pretende en realidad es preparar la vuelta de la infame é insubrible corruptela de difamar a los que en un año no comulgan, publicando sus nombres en las puertas de los templos, ó por otro medio cualquiera, como se hacía en tiempos ominosos de despotismo. Así se compele por miedo a cosa tan voluntaria y libre como la práctica de actos religiosos.»

Siento que el de Madrid no haga lo mismo, para figurar yo en la lista de los que aquí no cumplen con la Iglesia.

¿Qué mayor honra para un mortal de muchas pretensiones?

## AQUÉLLOS Y ÉSTOS

Una señora regaló terreno para un seminario en el paseo del Cisne y comenzó a ronse las obras con dinero de los fieles.

El obispo actual consigue después que el gobierno le ceda el edificio donde estuvo el ministerio de Fomento en la calle de Atocha, y más tarde se lo vende al mismo gobierno por un tanto alzado para cuartel de la Guardia civil.

Dicese que luego el obispo compró el antiguo palacio de los Osunas, para seminario, y que ahora lo ha vendido en casi doble de lo que le costó.

Y resulta que el seminario no se hace en parte alguna, y que anda un trastiago de millones en compras y ventas, que Dios tira.

Lo cual demuestra que todo eso de pastor, rebaño, doctrina, dogma, etc., etc., es música celestial. Y que en el fondo, de lo que se trata es de compra, venta, millonés... de negocio, en fin.

Aunque rabien al verlo desde el cielo (¡el cielo! ¡ah! ¡me desmayo!) aquellos doce que acompañaban a Cristo, y que sin dos reales y matando hormigas iban de un punto a otro predicando el desprecio a las riquezas, y se daban por muy contentos la noche que podían comerse un cabrito, regalado por supuesto.

¡Pobres gentes, y qué fatigas pasaron para que después vivieran y vivan todavía al pelo tantos millones de tipos a cuenta de lo que ellos predicaron y practicaron!

Cada vez que veo a un cura ó un fraile, me pregunto: ¿Qué sería de éste si Cristo no se da una vueltecita por este planeta? Y al fijarme en su facha, me contesto: —Pues mozo de cuerda.

Dicho sea sin ánimo de ofender a los que se dedican a tan útil como antipática ocupación.

Leemos en la prensa de Bilbao: «CHOCOLATE DE LA PURÍSIMA.—CON INDULGENCIAS.»

Caballeros ¿se puede perfeccionar ya más el timo? Digánnmelo francamente.

## ADVERTENCIA

Si dejase de ir EL MOTIN a alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID.—IMPRENTA, PALMA, 55, DUPLICADO



Biblioteca de "El Motin,"

# El dolor universal

por

Sebastián Faure

Pues sabemos al presente que no descansa ni en la justicia, ni en razón, ni en la verdad, ni en el derecho natural, el lector puede sacar la consecuencia.

## B.—PRÁCTICA

La ley de las mayorías termina en la práctica en la ley de las minorías: el que se prueba esta verdad, el sistema parlamentario tiene fatalmente la vuelta al Cazarismo y al poder personal. Especie de un país en la epidemia de elecciones. Comités, agentes, multitudes electorales, manifestaciones y protestas de fe, adulaciones al electorado universal, expedientes, promesas y bojes del candidato, campaña odiosa de ardides y calumnias contra los adversarios. Después de las elecciones, el sistema representativo tiene por rasgos distintivos: el absolutismo, la irresponsabilidad, la incompetencia, la esterilidad, la corrupción. Monografía del elector. La escrutiniosidad.

Se ha visto lo que es el derecho contemporáneo; se trata ahora de ver cómo se practica, cómo funciona.

Es del todo lógico que un derecho tan esencialmente vicioso y falso dé origen a una práctica más viciosa todavía. No puede esperarse que en el terreno de los hechos se echen a un lado los inconvenientes del principio; y si descendemos de las alturas de una disensión, tal vez un poco abstracta, no nos costará trabajo darnos cuenta de que esos inconvenientes no hacen más que acentuarse en la práctica y engendrar una situación social lamentable.

Lo que ante todo choca en el examen de la manera de funcionar de la ley de las mayorías, es que llega, por el contrario, hasta la ley de las minorías.

El sufragio universal, que es la base de nuestro sistema democrático, es también uno de tantos engaños como se hallan en el estudio del derecho contemporáneo. Nada, en efecto, menos universal que esa nacional consulta. No son admitidas a tomar parte en la votación: las mujeres, cualesquiera que sea su edad y condición social; los niños y los jóvenes hasta los 21 años; todos los que de 21 a 25 años estén bajo el régimen...

men militar; los que están por sentencia privados de sus derechos políticos; los condenados a una pena que lleva en sí dicha privación; todos esos, más numerosos cada día y que llamamos los vagabundos del salario, porque, obligados a trabajar en diferentes sitios, hoy aquí, allí mañana, no pueden alcanzar en ninguna parte el tiempo de residencia prescrito por la ley, y, por tanto, no figuran en ninguna lista electoral.

Teniendo en cuenta estas primeras eliminaciones estipuladas formalmente por la ley, véase que las tres cuartas partes de la población de Francia sufren la nulidad o caducidad del derecho electoral. En las listas electorales figuraban en Agosto de 1893, 10.643.212 individuos. Esto bastaría para afirmar que el sufragio universal es lo más restringido que hay, y que la soberanía del pueblo es una expresión vacía de sentido de esas que se echan como pasto a las multitudes.

¿Esto es todo? ¿Puede sostenerse al menos que es realmente ese total de 10 millones de individuos quien gobierna?

Sabemos que el acuerdo unánime no puede realizarse, ni sobre programas que condensan las aspiraciones ni sobre los candidatos que representan cada programa. Hay por este hecho una doble eliminación que previene: primero, la de todos los electores que afirman una cosa que no sale triunfante de las urnas; después la de los votantes que, en cada partido, cuando hay con los varios candidatos en competencia, dan sus votos a los que no resultan elegidos. Es evidente que ni los unos ni los otros tienen el mandato de su elección, y si derecho a decir que no están representados, puesto que no lo son por quien les place. Otros, en fin, se apartan por que atenerse respecto a lo que vale el parlamentarismo, sea por cualquier otro motivo: indolencia, viajes, enfermedades, falta de candidato, etc., que renuncian voluntariamente sus derechos electorales.

En una palabra, si se suma el número de votos obtenidos por el conjunto de candidatos electos, se alcanza una suma que no pasa en total de cuatro millones, lo que permite decir, que esos cuatro millones de personas hacen triunfar su manera de ver, sus planes, sus tendencias, o mejor dicho, sus intereses, en oposición con los de los otros seis millones de electores; que esos cuatro millones de electores (1 por 10 próximamente) dan la ley a todos los demás habitantes de Francia. He aquí, pues, lo que resulta de la Constitución llamada nacional.

Pero si el pueblo nombra sus representantes—en las condiciones que sabemos—son los últimos los que hacen solos las leyes y han de ocuparse en los intereses de todos. Luego, no hay en el Parlamento más unanimidad que en el país; vuelve a encontrarse allí reunida la misma desconfianza de senti-

mientos y de ideas; hay, en pequeño, las mismas competencias, las mismas divergencias, las mismas hostilidades.

Aunque tenga mil veces razón la minoría al chocar con la mayoría, nada puede contra ésta. Al contrario, las medidas y los proyectos de ley apoyados por la segunda, llevan ganada de antemano la partida; en esto, como en todo, el número, aunque no tenga razón, vence a la oposición que se le hace.

Pero hay más; la mayoría, a su vez, marcha bajo la dirección de cierto número de jefes de fila, buenos habladores, diplomáticos de pasillo o zorros viejos del parlamentarismo; se entrega a la dirección de esos hábiles, antiguos ministros, miembros del Consejo al presente o futuros propietarios de carteras que, en número de 20, 25 ó 30—siempre los mismos durante muchos años—forman el gobierno.

Tal puñado de ministrables sufre a su vez la influencia poderosa de una de esas personalidades absorbentes, ruidosas, populares, audaces o superiores, que reinan sobre sus colegas: un Gambetta, un Ferry, un Constans, un Dupuy.

Volvamos a la demostración. Es tan curiosa que merece la pena de seguirla.

De cerca de 40 millones de individuos, sólo 10 millones son consultados; de 10 millones de electores, 4 millones, a lo sumo, tienen la representación que les gusta; de estos 4 millones, la tercera parte lo menos tiene por representantes individuos de la minoría cuyas proposiciones, por poco opuestas que sean a las de la mayoría, son implacablemente rechazadas; de suerte, que si esa tercera parte de electores está representada en la Cámara, el resultado es igual que si no lo estuviera.

(Aquí inserta el autor de esta obra un estado que, por referirse únicamente a los distritos electorales de Francia, creemos poder suprimir, dando sólo el resumen, que basta a probar el aserto del autor.) He aquí lo que resulta del referido estado:

Los diputados que forman la mayoría, son los que tienen cierta probabilidad de realizar las diversas partes del programa que han sido mandados. Los votos que se les han dado forman próximamente un total de 2.200.000. Estos dos millones doscientos mil electores, son, en realidad, los únicos que están representados en el Parlamento, pues que, lo repetimos, los que concedieron su preferencia a los candidatos de oposición, condenados de antemano a la impotencia, de hecho han adelantado lo mismo que si carecieran de toda representación. Luego si establezco la proporción entre esos electores favorecidos, ó sea 2.200.000 con relación a la población de la Francia entera ó sea 38.843.192, resulta el 5,71 por ciento.

Lo que significa claramente que 2.200.000 electores dan la

ley a 38.843.192 individuos; que de cien personas, seis solamente están representadas, mientras las otras noventa y cuatro no lo están.

Cuando se prescinde de frases sonoras y se procura darse cuenta exacta de la realidad de las cosas que tales redundancias expresan, he aquí lo que los números demuestran con su elocuencia brutal. De cien personas, noventa y cuatro obedecen a seis. ¡Esta es la libertad, esta es la igualdad! De cien personas, noventa y cuatro no están representadas. ¡Esta es la representación nacional!

Pero hay más. En lo que concierne a los 2.200.000 electores representados realmente, sus intereses, confiados a cerca de trescientos mandatarios, están, como éstos, a discreción del Consejo de ministros, que a su vez está a merced de un hombre de Estado de quien hacen a la influencia ó la popularidad. El presidente del Consejo de ministros se impone a todo el Consejo; el ministro se impone a la mayoría parlamentaria, la mayoría parlamentaria se impone a la asamblea, la asamblea al cuerpo electoral, y el cuerpo electoral al país. Que se parta de arriba ó de abajo, se vaya del pueblo al gobierno ó del gobierno al pueblo, el resultado no varía.

¿Quién hubiera imaginado nunca que la función de la ley del mayor número alcanzase el triunfo del menor? ¿Quién hubiera podido creer que el gobierno de todos por todos hubiera podido traer la vuelta del Cazarismo? (1) Cosa extraña, en verdad, y sobre la que nunca se meditará lo bastante.

Se ha apelado a la revolución, se han vertido olas de sangre, se han sembrado de cadáveres las ciudades y los campos para romper con el poder personal, para trasladar la soberanía, para arrancársela a unos cuantos y confíarsela al pueblo; y tras cien años de nuevo régimen, después de medio siglo de sufragio universal, llegase a patentizar que, aun cuando por diferente camino, se ha logrado el mismo fin, que no se ha modificado nada, que hay que rechazarlo todo, que el poder personal se ha restaurado bajo una forma tanto más peligrosa cuanto que está más hábilmente disimulada.

Y mientras se enseña a cuarenta millones de franceses y francesas que la tiranía cayó con la cabeza del hijo de San Luis; que el despotismo y la arbitrariedad de los tiempos monárquicos han dejado el puesto a la libertad y la justicia convertidas en herencia del pueblo; mientras se les dice que han

(1) ¡Y luego se asombran que con semejante sistema de Cazarismo latente, y bajo el impulso de determinadas circunstancias, se han desarrollado los acontecimientos! Es, por el contrario, lo más lógico. Así, pues, lo que puede señalarse desde luego como resultado práctico del parlamentarismo, es la tiranía de las minorías y la vuelta del odioso Cazarismo: lo contrario exactamente de lo que tiene la pretensión de darnos.

desaparecido las castas, que han sido abolidas las clases, que con la República, inquebrantable en lo sucesivo, fundada en el amor espontáneo de los unos, la adhesión interesada de los otros y el respeto de todos, no hay más que dejar al país hecho dueño de sus destinos, marchar hacia un ideal siempre más elevado, de libertad más humana, de más ancha justicia, por consecuencia de esa periferia que es el rasgo distintivo de las clases directoras, y gracias a esa confianza cándida que es característica de las multitudes, la opresión, más pesada, más tortuosa, más vil que nunca, continúa socabando con su potente garras el pecho y el corazón de las masas populares!

No conozco demostración más vigorosa, más irrefutable que esta prueba—por el hecho—de esa verdad conmovedora que la historia confirma y que quisiera inscribir con caracteres de fuego: ¡Que venga de Dios ó de los hombres, de arriba ó de abajo, de la usurpación ó de la delegación, que se ejerza por uno ó por quinientos, por un monarca ó por una asamblea, que revista la forma oligárquica ó democrática, que lleve la etiqueta monárquica ó republicana, que tenga el torso desnudo de la fuerza brutal y guerrera, ó que las armas la cedan a la toga; (1) el gobierno, cualquiera que sea, ha sido y será siempre: para unos, el derecho de mandar; para todos los demás, la obligación de obedecer!

¿Habéis asistido a un espectáculo más nauseabundo que el de este país en epidemia de elecciones?

Por todas partes se forman comités electorales. El número de gentes que se ocupan en los intereses públicos, es de pronto en extremo importantísimo. El tendero de la esquina, el salchichero de enfrente y el tabernero de al lado se convierten de pronto en grandes electores. Nadie hubiese creído que esos comerciantes en quiebra de jamones y de sardinas estuvieran tan al tanto de las necesidades nacionales y locales. Hay que verlos, lineados con su importancia efímera, hacer de personajes con aplomo imperturbable. En caso necesario, se hacen diplomáticos para tramitar sus intrigas en los comités que vacilan y dar fin a convenciones ventajosas. Tienen en su romanesca la paz y la guerra; la paz para los que se adhieren a su pequeña liga; la guerra contra los recalcitrantes que les disputan el honor de conducir el pueblo a la victoria.

En verano como en invierno, cuando el termómetro marca 40 grados sobre cero ó 15 bajo cero, las elecciones son la primavera de los periódicos. El país se cubre de hojas cuya caída señala el fin del período electoral.

Es también asimismo la época de las generosidades: al

(1) Cédant arma toga.

entrar en los cafés, al penetrar en los domicilios, y deslizándose por todas partes, los agentes electorales abren sus manos llenas de promesas, de regalillos—los pequeños regalos sostienen la amistad—y ahuecando la voz cuando están en público, bajándola cuando hablan cara a cara a un diapasón misterioso, refieren con emoción lo que su futuro diputado propone hacer en favor de todos y cada cual.

Mil oficios hacen de esta bendita época: el alabardero de anchas manos, que apaluda bien, que acentúa con frenéticas palmas las frases de su candidato; el que aclama, de voz sonora, personaje ruidoso, alborotador y andaz en favor de aquel cuya suerte sigue; el que silba, pagado para ahogar la voz del adversario; el comparsa que sigue al futuro legislador, se halla siempre a su paso, lanza entusiastas vivas fulminantes, prepara la espontánea ovación, desengancha los caballos del coche del candidato y tiene siempre dispuestos los hombros para llevar en triunfo a la esperanza del país; en fin, todo el que está dispuesto a venderse para un oficio cualquiera, sea ó no sucio, precede, acompaña y sigue al que en tal comedia hace el primer papel.

Ha comenzado el candidato dejándose rogar... por fórmula, es claro, y como esas gentes que creen de buena educación no aceptar de pronto una invitación a comer, por mucha gana que tengan. «Pero después de haber rogado al comité que eligiera a otro más digno y apto, ha debido someterse al mandato. Se ha apelado a su valor, a su energía; no ha creído tener derecho a rechazar el auxilio de su nombre al partido a que se honra pertenecer... y ha concluido por sacrificarse.» Esto es lo que dice el otro y confirma su comité.

Nunca hubiese creído que hubiera en nuestra infortunada República tantos hombres abnegados, competentes, convencidos, enérgicos, sabiéndolo todo y para todo aptos.

Los que lanzan la candidatura de M. Tarteupion nos lo aseguran, y me pregunto cómo se podría dejar de creer la palabra de un matador de cerdos, de un vendedor de mostaza, de un comerciante de limonada, cuando se han dignado reunirse para dar a luz un manifiesto y recomendar un individuo al sufragio universal. ¡Oh, cómo se ve éste halagado, ensalzado, mimado, incensado durante unas semanas! ¡Obrero que por 50 sous trabaja de la mañana hasta la noche, tú no creías que el mundo entero, fijos los ojos en ti, esperaba con ansia tu veredicto soberano! Y, no obstante, nada hay más cierto. Tú no sabes que el porvenir de la patria y de la República estuviese en tus manos callosas, y, sin embargo, nada más exacto. No imaginabas que fuera tan fácil, con sólo ir a las urnas—¡nada de abstención sobre todo!—mejorar tu triste suerte; y, sin embargo, nada más conforme con la realidad.

Una vez más el candidato, su comité, sus periódicos, sus multitudes, sus amigos, te lo afirman. ¿Podrás vacilar en creerlo? Si, eres soberano, porque tu veredicto es el que asegura el triunfo de tal y la derrota de sus adversarios; tú eres el que dispensa el poder, tú quien hace y deshace los seiscientos monarcas llamados a gobernarnos; tú, cuya investidura puede arrancar del taller a un simple trabajador y hacerlo igual a los más poderosos. ¿Pero has pensado bien que esa soberanía de que tanto te hablan, dura precisamente lo que duran las rosas, menos aún, un minuto cada cuatro años, el tiempo que tardas en echar tu nombre en la urna? ¡Has pensado, en fin, que todas tus funciones de soberano se limitan a abdicar un poder que jamás has ejercido, en favor de un tercero que tendrás que aguantar durante cuatro años y del que no podrás librarte sino para pasar bajo el yugo de otro?

Mientras las paredes se tapizan con carteles multicolores en que se ponen al lado del nombre flamante del mendigo de votos, halagadas promesas, juramentos solemnes, un programa seductor y un llamamiento desesperado; mientras los buzones se llenan con montones de papel, programas, manifiestos, convocatorias, papeletas etc., bastantes a dar trabajo meses y meses a las fábricas de Auguema, el aspirante a diputado pasea su faz risueña y su aire cauteloso y modesto por las ciudades y los campos. Conoce a todo el mundo, estrecha la mano del campesino más insignificante, halaga al obrero más pobre, distribuye galanterías entre las mujeres, sonrisas entre las jóvenes, bombones a los niños, medicamentos a los enfermos y terrones de azúcar a los animales. Prodigia las promesas: condecoración, administración general, ó protección a los electores influyentes; plaza de guarda de campo, estanco ó recomendación a los otros. La más pequeña aldea tendrá su ferrocarril, sus caminos vecinales, su casa-escuela, su administración de correos y telégrafos. «Es una vergüenza que lo tuviera no se haya pensado en ello.» Pero por su cuenta corre y mucho más aún. Ya se verá, ya se verá: el oro correrá a mares por la región, todos harán fortuna y serán felices. El pueblo lo es todo; el amo, el que da el poder; él, el candidato, sólo quiere ser el servidor y el amigo de sus electores. No se verá en él a un ingrato.

Pónense a contribución las cuadradas, las tabernas, las escuelas, los salones de baile, de conciertos, los teatros. El futuro diputado, que se ha aprendido de memoria su discurso, revisado y corregido a veces según el modo, asombra a sus oyentes con sus brillantes improvisaciones. Las secciones se preparan de antemano y se reclutan sus individuos entre los amigos del orador; compadres diseminados por la sala hacen al candidato preguntas ya convenidas, y dan a los periódicos relatos

conteniendo las alabanzas del gran hombre, y con cómica seguridad predicen que el nombre de su favorito saldrá triunfante de las urnas.

Se han verificado las elecciones; el Parlamento está reunido. Veamos qué se hace en él, qué puede hacerse, cómo se portan los amos que se ha dado el sufragio universal, y a lo que llega en la práctica el régimen representativo.

Llega el absolutismo a la irresponsabilidad, a la incompetencia, a la esterilidad, a la corrupción. «Que el gobierno parlamentario es absoluto, es cosa incontestable. Cuando se ha votado una ley promulgada en forma, ¿quién tiene poder para oponerse a que sea registrada, ó para hacerla objeto de advertencias ó motivo de negativa de subsidios? Eso, ni pensarlo.»

Cierto es que no hay poder capaz de elevarse por cima de la voluntad de nuestros parlamentos y menos de destruirla. Lo que la voluntad nacional ha decidido está bien, debida y definitivamente resuelto. Es verdad que algunos oradores de oposición tendrán el recurso de hacer escuchar, en reunión privada, tímidas protestas, mas tendrán buen cuidado, al despreciar la ley nueva, de aconsejar a sus oyentes que la escatén.

Es verdad que, en pública reunión, podrá darse el lujo de pronunciar discursos virulentos y de votar una orden del día «por la cual los ciudadanos reunidos en un círculo ó un teatro, enviarán al Parlamento la expresión de su más profundo desprecio, fustigarán con la mayor energía la asamblea podrida y vendida que nos gobierna, protestarán con indignación contra los infames actos de un Parlamento de lacayos», (1) pero en ninguno de esos valientes discursos se hallará que tenga el valor de predicar la insurrección contra la ley exarada.

Si se hallan ciudadanos más enérgicos y consecuentes que quieren oponerse a dicha ley y recurrir a la última ratio, tendrán contra sí, no sólo al gobierno con su policía, sus gendarmes, sus fusiles y sus cañones, sino hasta los que la víspera proponían y votaban órdenes del día, de censura, de desprecio, y que, ¡oh vergüenza! se apresuran a proponer y votar nuevas órdenes del día, de censura, de desprecio, pero esta vez contra los valientes armados para la defensa de los ultrajados derechos.

Hay se ve que, de todos los sistemas gubernamentales, el mejor, no ya para los simples ciudadanos, sino para los mismos

(1) Esta orden del día es clásica, digámoslo así. Leed el relato de lo que pasa en cualquier mitin de indignación ó censura, y podéis estar seguros de ver que concluye con una orden del día como ésta, casi textualmente. Desease que hay un cliché y que los periódicos puedan reproducirlo sin miedo de cometer un error.

mos gobernantes, es el régimen representativo. Así es que después de haber combatido vigorosamente y por mucho tiempo la instauración del sufragio universal—completamente indispensable, desde el punto de vista teórico, a dicho régimen—los mismos gobernantes se han convertido en sus abogados más ardientes y procuran que se practique lo más completamente posible.

Esto es, en efecto, el único sistema que permite dominar a las turbas haciéndolas creer que permanecen siendo soberanas; poner los grillos a los forzados persuadidos al propio tiempo de que andan libremente, de que esas trabas no les molestan, y hasta de que son útiles.

Antes, millones de hombres nacían esclavos y no tenían en el corazón más que una pasión única: el odio a la servidumbre, el amor a la libertad; sólo aspiraban a libertarse; y ¡oh qué irrisión!, en este siglo todos los hombres nacen libres y parece que no tienen más que una pasión en el pecho, el amor a la esclavitud; tan grande es el ardor con que se procuran amos. No les basta con ser apaleados; suministran las varas, se despojan del derecho y pierden el valor de sublevarse. (1)

La insurrección proclamada en otros tiempos como el más imprescindible de los derechos y el más santo de los deberes, es considerada como un crimen, menos acaso por las personas cuyo poder prospera, que por los esclavos que conseguiría emancipar.

Las asambleas hacen política, y la política es la ingenerancia

(1) No exagere nada este resultado práctico de la soberanía teórica del pueblo. Ejemplo: de algunos años acá y, sobre todo, en estos últimos tiempos, hanse producido escándalos vergonzosos. Hace veinte años, diez acaso, París y las grandes capitales de provincia se hubieran sublevado. El descontento se hubiera traducido en motines y probablemente en un movimiento insurreccional formidable.

En 1893, la prensa ha podido remover el lodo durante meses, en el que se revelaban milicias, amonesta y disipación; se han vertido torrentes de tinta, pero ni una gota de sangre; los habladores de la política han de acuerdo a su manera: el pueblo no ha hecho hablar a la pólvora. Todo se ha reducido a una batalla electoral, cuyo resultado ha sido la rehabilitación de los personajes comprometidos y el despojo de los donatarios de que y so.

Otro ejemplo: La Petite République Française, órgano oficial del socialismo sin adjetivo, afirma que el número de socialistas en Francia, a la fecha del 20 de Agosto de 1893, se elevaba a cerca de 700.000. Esta suma me parece exagerada, pero la admito como exacta. Pero, como a los socialistas se les reconocen por estas dos características: 1.º El odio a lo que llaman el régimen burgués; 2.º La señal de su programa económico, que deseara todo entero, por una parte en la expropiación política y económica de la clase poseedora, y por otra en la socialización de los instrumentos de producción. Pero como son asociados mil, según ellos, vuelvo a repetir que no sé si se exagera, «si como esa suma que ellos nos dan con orgullo, y si me pregunto por qué siendo tan numerosos—una de sus características—no han podido oírse organizarlos—no se levantan contra una organización social incompatible con sus ideales; si me pregunto por qué cientos de miles de siervos y de explotados no son capaces de las cosas que hacen éstos en sus asambleas de 1893, 1894 y 1897, no encuentro a tal pregunta más que esta respuesta: el amor de esos asalariados en elegir representantes. Los hombres poder de vista la necesidad de desembarazarse de sus amos; y los que dirigen en la complejidad de los jefes socialistas, han encontrado en el sufragio universal el medio de abogar el espíritu revolucionario y asegurar su absolutismo.

del Estado en las manifestaciones todas de la vida social, en todas las relaciones de los individuos y de las colectividades que forman la nación.

«Hay, escribe E. de Laveleye, el individuo está perdido en el seno de la nación, idea abstracta que entre la mayor parte de nosotros no se realiza más que bajo la del recaudador que reclama el impuesto y la recluta que impone el servicio militar.» Léase en Les Paroles de un René, de Pedro Kropotkin: «El gobierno representativo, recibido con grandes esperanzas, se ha convertido en todas partes en un simple instrumento de intrigas, de enriquecimiento personal ó de traba a la iniciativa popular y al desarrollo ulterior.»

«Y a no los curas y los nobles, sino unos cuantos abogados políticos los que predominan, en cuyo favor trabajan, con ó sin compensación, las gentes honradas y las malas gentes.» Esto dice Lombroso. Y Spencer se expresa en estos términos. «La gran superstición de la política de otros tiempos era el derecho divino de los reyes. La gran superstición de la política de hoy es el derecho divino de los parlamentos.»

Creo además que la autoridad de las asambleas es tanto más absoluta cuanto que, si en nuestros días se encuentran muy pocas personas que quieran ser gobernadas, expresando claramente su opinión sobre este punto, no deja de ocurrir que todo el mundo se deja dominar, porque cada cual se persuade de que con su papeleta electoral se gobierna a sí mismo y por ende no obedece a nadie, pues que se obedece a sí mismo.

Tal poder absoluto no ofrece peligro alguno para los que ejercen. En tanto que en las Cámaras las asambleas sólo tienen existencia efímera, la de una legislatura, y los ministerios una vida más corta aún, si se compara la rapidez con que se suceden ministros y parlamentos con la lentitud que lleva consigo el régimen, con las dificultades con que tropieza el menor proyecto de ley antes de llegar a puerto, con las peregrinaciones que tiene que realizar toda proposición de una comisión ó otra, desde la primera a la segunda lectura, del palacio Burjón a Luxemburgo, no sorprende ver que los ministros, habrán puesto un día a la nación bajo el yugo de una ley cualquiera, desaparecen en el momento en que aquella ley—que sigue—comienza a provocar el descontento.

Y después, ¿sobre quién ha de recaer la responsabilidad efectiva? ¿Sobre los ministros? Responderán que no son más que los servidores del Parlamento. ¿Sobre uno de los dos asambleas? Esta echará la culpa a la otra. ¿Sobre la minoría? Objetará que es impotente. ¿Sobre la mayoría? Dirá que obedece al país. Mis fiéis creo que sería encontrar un afilén en un cam-

po, que en el Parlamento una responsabilidad personal. Además, todo lo que tenía de llano y atento cuando era sencillamente candidato, tiene el elegido de insolente, y con sorprendente desahogo se desentiende de toda responsabilidad y hasta de toda explicación de su conducta.

Espero que ninguno de mis lectores me acusará de afecto a los regímenes pasados; pero a falta de una responsabilidad que se pierda en el océano parlamentario hasta el punto de que no podría hallarse una sola gota de ella, es lícito preguntar si, desde el punto de vista puramente particular, no es preferible una monarquía ó un imperio autoritario. Entonces hay al menos un responsable, el rey ó el emperador. Este es un hombre: tiene un cerebro, un corazón, un pecho; puede esclarecerse su cerebro, puede hallarse el camino de su corazón, y si los argumentos no lo convencen, si las lágrimas y las súplicas no lo conmueven, si la razón y el sentimiento nada logran en él, pueden intervenir el temor y la amenaza. La raza de los Ravaillac, de los Orsini, de los Nabiling no está muerta. Un puñal atraviesa el pecho de un príncipe, una bala de revólver agujerea el corazón de un rey, una bomba hace volar con estrépito el cráneo de un emperador.

¡A buscar en una multitud de irresponsables, un pecho, un cerebro, un corazón! ¡A despertar 500 conciencias dormidas, a conmover 500 corazones de mármol!

Así es que las asambleas se han distinguido siempre por la ferocidad de las represiones a que han presidido. El verdugo Cavaignac y el asesino Gallifet fueron altamente ensalzados por las asambleas republicanas, y nunca hubo represión más sangrienta que la que en 1871 convirtió a París en matadero gigantesco.

¿Y si ese poder absoluto é irresponsable fuese al menos competente! Pero la incompetencia no deja de ser, lo mismo que en el absolutismo la irresponsabilidad, uno de los caracteres esenciales del régimen parlamentario.

Sabido es que la mayor parte de nuestros honorables no hacen gran competencia a las águilas, y entre ellos se encuentran algunos cuyo plumaje produce efecto a cierta distancia, pero que casi siempre son grajos con plumas de pavo real.

No puede asegurarse que en la asamblea de legisladores no haya algún hombre de saber y valer; negarlo sería exagerar; pero hay que convenir en que son muy pocos; y respecto a ellos no estoy muy distante en pensar, como Montesquieu, que «las cabezas de los hombres más grandes se achican cuando se reúnen, y allí donde hay más cuerdos, es también donde hay menos cordura.»

¿El mismo cuerpo electoral, qué competencia tiene? ¿Puede guiarse y pensar lo que debe hacer en medio de los programas que le solicitan? ¿Puede ponerse al corriente de las mil cuestiones, unas sencillas, la mayor parte muy complejas, que le someten? ¿Qué medio tiene de hacer una elección juiciosa? (1)

¿Creeis, por lo demás, que un hombre de verdadera valía consienta en descender al papel de candidato, de mendigo de votos? Los hay, y no deja de ser asombroso que consientan en reman en semejante galera. Puede apostarse noventa y nueve contra ciento, que a estos últimos les dejarán entregados a sus estudios, y que el sufragio universal preferirá a ellos un médico sin clientela, un abogado sin pleitos, un periodista sin talento, un niño de su papá sin sesos, más claro, una de esas medianías que van a engrosar la turba del Parlamento.

En un libro recientemente publicado (2) Juan Grove explica muy bien el por qué del triunfo de la mesocracia: «Todo ingenio original que sólo se ocupa de la realización de su ideal, no tiene más remedio que ofender a todos los que—y son muy numerosos—siguen las leyes de la santa rutina; todos gritarán ¡fuera el imbécil! Quien busca la verdad y quiere hacerla prevalecer, no tiene tiempo de descender a mezquinas intrigas de bastidores. Será derrotado seguramente en la lid electoral por el que, no teniendo ninguna idea original, aceptando las admitidas por la mayoría, le costará menos trabajo ceñular las uñas que no tiene, de modo que no arañe a nadie. Para contentar a todo el mundo hay que desembarazar la línea media de las ideas adoptadas de todas las nuevas y originales, y aquella, por lo tanto, se encontrará vacía y mediocre. Esto es todo el sufragio: una sonora plé de asno, que no lanza sonidos más que bajo los golpes de los que quieren hacerle hablar.»

«La Cámara, dice Spencer, es siempre inferior al término medio del país, no sólo como conciencia, sino como inteligencia también. Un país inteligente se empequeñece en su representación. Si hubiera hecho voto de estar representado por bobos, no elegiría con más acierto.»

G. de Greef se expresa no menos categóricamente: (3) «La política es con mucha frecuencia el refugio de todas las nulidades.» Y además: (4) «Casi todos los hombres políticos son empíricos; no conocen de las cosas más que las apariencias superficiales, no tienen otra ciencia que la de sostenerse en su raza.»

(1) He aquí la opinión de Mr. Marjan en Germinal. «Está visto y juzgado lo que da de sí ese famoso escrutinio de las circunscripciones. Es el triunfo de Tarteupion, Tarteupion hombre de Estado, sobrio degenerado de Proudhon, coleccionador de papeletas ganadas; Tarteupion, que remueve el lodo en vez de remover ideas.

(2) La Société mourante et l'Année, p. 82 y 83.  
(3) Introduction à la Sociologie, t. I, p. 89.  
(4) Ibid., p. 217.

(Continuad.)